

Albert Einstein.

ciudades de los dos haces de luz. Eso dejó a los físicos verdaderamente perplejos.

Y así, más o menos, estaban las cosas cuando Albert Einstein, a principios de este siglo, decidió adoptar una actitud irónica. Entre los muchos procedimientos lógicos, eligió una variante del llamado "reducción al absurdo": adoptar el fenómeno descubierto por Fresnel, Michelson y Morley a beneficio de inventario, considerando que era cierto mientras las consecuencias de ese postulado no probaran ser erróneas. Si se fijan ustedes bien, comprenderán que esa actitud es notable: aceptar un error como dogma. Pero así, con poquitas variantes, es como todos nos vamos arreglando en esta vida, tal vez porque, en nuestra fragilidad, nos resulta más llevadero apoyarnos en una columna rota que en ninguna. El procedimiento lógico de Einstein era rigurosamente tomista: las cosas se aceptan como buenas mientras no se demuestre que son malas. Para nuestros límites, una solución perfecta y hasta cierto punto liberal, si no fuera porque ese relativismo convencional puede llegar a convertirse en dogmático.

La decisión de Einstein encarnó en dos postulados:

1. Todos los sistemas inerciales que se mueven de manera

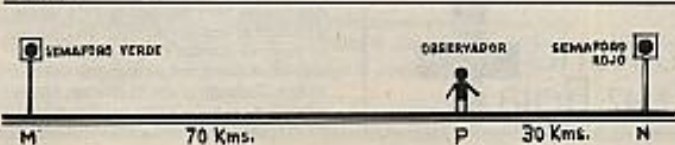
rectilínea y uniforme están sometidos a las mismas leyes físicas.

2. La velocidad de la luz es una constante universal.

Las consecuencias estrictamente físicas de estas afirmaciones son fascinantes. Las leyes de la dinámica, el electromagnetismo y la gravitación quedaban reducidas a una sola. Pero las consecuencias literarias y "mitológicas" fueron todavía más deslumbrantes, porque una de las cosas que había que aceptar como consecuencia inmediata de los postulados einsteinianos era que el tiempo es, como decía Le Normand desde los escenarios, un mero sueño.

Imagínense ustedes una llanura ideal (fig. 3) que tuviera, por ejemplo, 100 kilómetros de longitud. En el extremo M hay un individuo que maneja un semáforo verde; en el N, otro que maneja un semáforo rojo, y en el punto P, a 30 kilómetros de M y a 70, por ende, de N, un tercer individuo dotado con un artilugio óptico, una especie de teodolito, que le permite ver simultáneamente

Figura 3



los dos semáforos. Los tres individuos y los cronómetros que tienen son tan ideales como la lla-

Medicinas malditas

A Si como muy aficionados a cantar las glorias de las "drogas maravillosas", somos en este país muy discretos para condenar las "drogas malditas". Salvo para urdir algunos grandes reportajes sentimentales, el caso de la talidomida, que transformó los criterios informativos de medio mundo, no nos sirvió aquí de gran cosa. Sólo de vez en cuando, al llegar a nuestros teletipos alguna noticia foránea, mencionamos el hecho de que algunas drogas farmacéuticas han sido retiradas del mercado porque hacían astillas a los que las tomaban. No recuerdo ahora mismo ningún producto español que, en los últimos años, haya sido sometido a juicio aunque muy probablemente se deba eso a que casi no hay productos farmacéuticos españoles.

Hace sólo unos días, en Ginebra, se inició una vasta operación de condena contra el "enterovioformo", un antidiarreico que aquí hemos usado a toda meter y que ha dejado ciegos o medio ciegos a muchos pacientes en todo el mundo, muy especialmente en Japón. Hay otros muchos productos en tela de juicio y, aunque es verdad que estas informaciones deben darse siempre con sobriedad, serenidad y conocimiento, también lo es que deben darse aunque se hunda el mundo. Vamos a comentar brevemente lo que está ocurriendo ahora mismo con dos productos, uno farmacéutico —el Bendectin americano— y otro químico —el Bergasol—.

El Bendectin, que en otros países se llama Debendox, es una droga de la compañía Richardson-Merrell. Se administraba a las mujeres embarazadas para liberarlas de los mareos y vómitos matutinos. Parece que, a consecuencia de esos, algunos niños nacieron con deformidades parecidas a las que produjo la talidomida. Un matrimonio llamado Mekdeci, norteamericano, llevó el asunto a los Tribunales al comprobar la relación existente entre la droga en cuestión y las deformidades de su hijo David. El problema jurídico ha sido interesante y acaba de resolverse hace sólo unos días con la declaración judicial que califica de "peligrosa" la administración de Bendectin. Otros matrimonios están litigando contra los fabricantes en estos momentos. En España se recetan varias drogas específicamente destinadas a combatir los mareos y vómitos de las embarazadas. Creo que dos, fundamentalmente: Merbental y Gestadramina. La primera es de la casa Merrell, de manera que bien pudiera tratarse del mismo Bendectin americano. La segunda es de un laboratorio barcelonés, Uriach. Saberlo, me parece, no le hará daño a nadie.

En cuanto al Bergasol, el tema es especialmente oportuno al acercarse el verano y disponerse la gente a tomar el sol hasta quedar bien cocinada: es un "bronceador". En uno de sus próximos números, la gran revista científica británica *Nature*, de la que hablaremos en extenso un día de éstos, publicará un informe redactado por el profesor Michael Ashwood-Smith, de la Universidad de Victoria, en la Columbia Británica, que ha estudiado cuidadosamente la estructura química de algunos bronceadores. Una de las sustancias presentes en el Bergasol es llamada **5-methoxypsoralen** (1), y el profesor Ashwood ha descubierto que produce daños graves en el "material" genético de las células, causando algunas mutaciones que bien pudieran ser causantes de algún cáncer cutáneo. Desde luego, se ha comprobado que esto es cierto en ratones sin pelo expuestos a la luz solar. El **5-methoxypsoralen** se encuentra, naturalmente, en el aceite de bergamota, un extracto de cítricos que facilita el deseado "bronceado rápido". No puedo saber qué productos de los que se ofrecen en el mercado español tienen ese componente, pero a lo mejor alguien puede.

(1) Respeto la expresión en inglés, que he leído en una publicación. No me atrevo a traducir, si es que se puede, ninguna de las hermosas expresiones de los químicos.



nura, de manera que todo va a funcionar perfectamente. A una hora determinada y sin error posible, los dos semáforos van a ser encendidos. Pero el tipo que está en el punto P va a ver primero el fulgor del rojo. Luego pasará un tiempo t y después verá la luz verde. Como la velocidad de la luz es siempre la misma, según Einstein, el hombre de P habrá